

»Y si el cielo dispusiese
Que yo caiga en la pelea,
Habrá quien me sustituya
En lealtad y en fortaleza.»

Calló; y el Pescara insigne
Y los jefes que le cercan,
Conmovidos y admirados
Tan cristiano empeño aprueban.

Viene el capellan al punto
En una mula; se apea,
De don Alonso elogiando
Accion tan gallarda y buena.

Entusiasmo por las filas
Cunde con la extraña nueva,
Porque una accion generosa
Tiene mágica influencia.

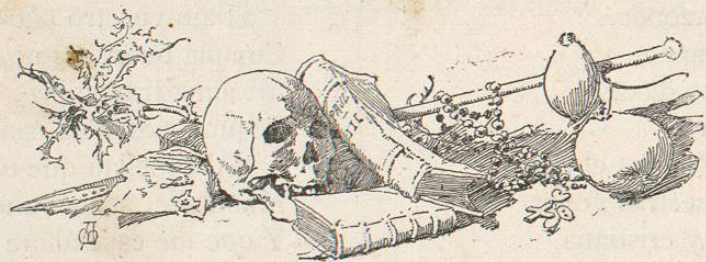
Y un ejército testigo
Siendo de la boda, hecha
Fué con los sagrados ritos
Que á sacramento la elevan.

Desmábase la señora,
Y en los brazos la sustenta
Su esposo, que á entrambos niños
Contra la coraza aprieta.

Se enternece el sacerdote,
Pescara los brazos echa
Al regocijado novio,
Y da mil enhorabuenas.

El ejército de vivas
Admirado el aire llena.
Vienen los amigos todos,
Todos los curiosos llegan.

Y de don Alonso entónces
Ya no tienen resistencia,
Los enojados hermanos,
Y entre sus brazos lo estrechan;



Y despojándose afables
De anillos y de cadenas,
Unos dan á su cuñada,
Otros en los niños cuelgan.
De cordialidad, de gozo,
Y de dicha tal escena
Formando en aquel momento,
Que á un mármol enterneciera.

Pero los instantes urgen:
Don Alonso activo, ordena
A su esposa y á sus hijos
Retirar de allí á gran priesa;
Porque ya silban las balas,
Y ya cruzan las saetas,
Y las trompas y atambores
Dan de combatir la seña;
Y cabalgando ligero,
La lanza en la cuja puesta,
Vuelto al Marqués de Pescara
Dice así con voz resuelta:

«Por uno ántes combatia,
Porque uno tan sólo era,
Mas hoy combatir por cuatro
Quiero que el mundo me vea:

»Por mí, por mis tiernos hijos
Y por mi esposa discreta,
Vos vereis, caudillo excelso,
Si sé hacerlo, aunque perezca.»

Revuelve el potro, la lanza
En el ristre á punto puesta,
Y en lo más trabado y recio
Entróse de la pelea.

Síguenle sus dos hermanos,
Y de los tres las proezas
En aquel tremendo día,
Que á España de gloria llena,
Fueron tales, que lograron
Aplausos y recompensas,
Y en el clarín de la fama
Nombre inmortal, gloria eterna.



LA VICTORIA DE PAVIA

AL SR. D. MARIANO ROCA DE TOGORES

ROMANCE PRIMERO

PESCARA Y LOS ESPAÑOLES

De la sitiada Pavía,
Desde las gigantes torres
Que el bravo Antonio de Leiva
Guarda con sus españoles;
Entre nubes de humo y polvo
Do arcabuces y cañones,
De rayos llenan el aire,
De truenos el horizonte;
Se ve la horrenda batalla
En que disputan feroces
Francisco y Cárlos el cetro
De Italia y de todo el orbe.

Dos veces más numerosos
Los franceses escuadrones
Son, que los que allí combaten
De Cárlos quinto en el nombre.
Y aquellos á su cabeza,
Con lo que valen al doble,
Tienen á su rey Francisco,
Monarca de excelsos dotes.
Pues en valor y destreza,
Y en caballeroso porte,
Quien le exceda y sobrepuje
El mundo no reconoce.

Al ejército del César,
Si la ventaja nególe
El cielo de ver al frente
A su soberano entónces,
Le dió la de que lo rija
El aventajado y noble
Marqués de Pescara invicto,
Guerrero de alto renombre.
Y si es en número escaso
Y viene de galas pobre,
Tambien con la fama cuenta
De los tercios españoles.

La francesa artillería,
Cuyo número era enorme,
Deshace apretadas filas,
Espesas hileras rompe,
Y cual tempestad horrenda
Llena de pavor el orbe,
Borrando el són de las trompas
Y de los cabos las voces.

Mas las imperiales huestes
Desprecian el fuego, y corren
A que decida el combate
De la dura lanza el bote.

Y de Nápoles embiste
El Visorey á galope,
De hombres de armas y ligeros
Con los bravos escuadrones.

El rey de Francia los suyos
Numerosísimos pone,
Mas cual bisoño caudillo,
Para la batalla en órden.

¡Cuán gallardo y rozagante,
Augusto, lozano y jóven
Oprime un tordo rodado
Que á tal dueño corresponde!

De morado terciopelo
Y brocado de oro, sobre
El arnés fúlgido, lleva
Veste de ricas labores.

Efes de oro son y lises
Que deslumbran como soles,
Y de oro y morada seda
Lazos, borlas y cordones.

En el alto capacete,
Del viento halago y azote,
Amarillos y morados
Vuelan flexibles airones.

Y en medio de ellos descuella
Una flecha de oro, donde
Primoroso pendoncillo
Un claro emblema propone.

Bordada una salamandra
Que en vivo fuego se esconde,

Es el cuerpo de la empresa
Y *modo et non plus* el mote.
El almirante de Francia,
Personaje de alto nombre;
El gran príncipe de Escocia,
Gallardo y hermoso jóven;
El príncipe de Navarra;
De San Pol el bravo conde;
El mariscal Montmorency,
Y otros insignes señores,
Lo acompañan y lo sirven,
Con él las filas recorren,
Y con él al campo abierto
Salen á esperar el choque.

Térrible fué; parecia
Que se encontraban los montes,
Que se desplomaba el cielo
Y que caducaba el orbe.

Mas ¡ay! las fuerzas de Francia
Eran en número dobles,
Y el valor no hace imposibles
Aunque el valor los arrostre.

Si bien del Virey la lanza
Dió al Almirante fin noble;
Si bien insignes franceses
Cayeron de los arzones;

Si bien resisten constantes,
Como murallas de bronce,
Los imperiales jinetes,
Al cabo, al cabo eran hombres.

Muere del rey en la lanza
El desventurado jóven
A quien Cívita-Santángel
Por su Marqués reconoce.

El mismo Alarcon á tierra
Vino de una maza al golpe,
Como cae gigante pino,
Cual se desploma una torre.

Y á pié combate y resiste
Dando tajos y mandobles,
Y á su vigor y destreza
Debió no morir entónces.

El del Vasto en gran peligro
Se ve entre diez borgoñones,
Y tiene que abrirse paso
Con la punta del estoque.

Todo es muerte y exterminio;
Cuatro jinetes se oponen
A cada jinete nuestro,
Sin que la lid abandone.

Y ya no queda esperanza
De que á la victoria logren
Seducir tan alto esfuerzo,
Y tantas hazañas nobles;

Cuando el capitán Quesada
En el combate lanzóse,
Seguido de cien certeros
Arcabuces españoles.
Y con tanto atino asesta
Sus rayos atronadores,
Que á los contrarios asombra
Y en retirada los pone.

En tanto por otra parte
Otros frescos escuadrones
De bien montados franceses,
Francia apellidando á voces,
Arrollando cuanto encuentran,
Con la lanza en ristre corren,
Y á los tercios de la Italia
Vencen, deshacen y rompen.

Los Esguizaros que siguen
De la Francia los pendones,
A reforzar el combate
Presurosos se disponen.
Y hasta el mismo rey Francisco
Con nuevo escuadron á trote,
Va á asegurar la victoria
Que ya suya reconoce.

El gran marqués de Pescara
Que lo advierte, decidióse,
Confiado en su fortuna,
A aventurar todo entónces:

Y con risueño semblante
A los tercios españoles
Torna, y animoso dice:
«Ah de mis fuertes leones,

»Vuestro debe ser el día;
Allí donde más feroces
Los enemigos se agolpan,
Allí hay laureles mayores.

»Venid conmigo á cogerlos,
Vuestras frentes solas logren
Coronarse con sus ramas
Entre tan varias naciones.»

Vivas que asordan el aire,
Y seis mil bravos acordes
Lanzan (sonoro grito
De ansia, de gloria y renombre),

Fué la respuesta. Y al punto
Con celeridad movióse
De picas y de arcabuces
Un espesísimo bosque.

Al momento la fortuna,
Tan indecisa hasta entónces,
En las imperiales huestes
Los mudables ojos pone.

Y del pendon de Castilla
Los gloriosos resplandores

Encantaron sus miradas
Y en su favor declaróse.

Los arcabuces de España
No hay fila que no destrocen,
No hay caballo que no ahuyenten,
No hay guerrero que no postren.

Y las picas españolas
No hay escuadra que no arrollen,
Embate que no resistan
Ni denuedo que no asombren.

Huyen de su ardiente brio,
De sus balas y sus botes,
Los franceses hombres de armas,
Y los ligeros peones.

Y los Esguizaros huyen
En confusion y desórden,
Y huyen los nobles jinetes
Y huye el Rey mismo á galope,

Y de un ejército inmenso
Que ya vencedor juzgóse,
Triunfa el marqués de Pescara
Con sus seis mil españoles.

Este valiente caudillo,
Cuyo esfuerzo no conoce
Rival en el ancho mundo,
Más alta empresa dispone:

Y ordenando que el alcance
Prosigan los vencedores,
Y que los tudescos vengan
A sostenerlos veloces;

Junta á varios caballeros
Y de armas á algunos hombres,
Que escaramuzando andaban
Sin jefes y sin pendones;

Y poniéndose á su frente,
Y requiriendo el estoque,
En un escuadron lejano
Que el rey Francisco recoge,

Para tornar donde pueda
Dejar bien puesto su nombre,
Al grito de *cierra España*
Con nueva furia lanzóse.

En tanto Antonio de Leiva
Que la ventaja conoce
De las fuerzas imperiales,
Cual raudo torrente rompe

Por las puertas de Pavía;
Y cayendo osado sobre
La retaguardia francesa,
En grande aprieto la pone.

Ya es de Cárlos la victoria.
Ya los tercios españoles,
Como el huracan que arrasa
Los enmarañados bosques,
Abriéndose en un momento
Ancha calle á sus furores,
No ven ya en su paso estorbo,
No encuentran quien los afronte.

Pero en medio de su triunfo
Con pasmo y con dolor oyen,
De que su Pescara es muerto
Correr las siniestras voces.

Es cierto que no parece
Desde que con pocos hombres
De armas le vieron lanzarse
Con tanto denuedo, donde

Aún trabada la pelea,
Reina confuso desórden.
Vengarlo, pues, juran todos,
Y allá revuelven feroces.

Cuando entre el polvo y el humo
Ven aparecer á trote,
Al victorioso caudillo
De sus esperanzas norte.

Mas ¡oh, Dios, en cuál estado!
Herido su rostro noble,
Pasado el brazo siniestro
De una lanza al duro bote;

El coselete partido
Y atravesado del golpe
De una bala, que parece
Que fin á sus glorias pone.

Y el tordillo moribundo,
Herido en cuello y quijotes,
Un raudal de negra sangre
Derramando á borbotones.

Las españolas escuadras
Quedan al mirarlo inmóviles,
Y el placer de la victoria
En llanto y dolor tornóse.



Al cabo llega Pescara
Sin que la muerte le asombre,
Y dice con voz tranquila
Partiendo los corazones:

«¿Por qué os deteneis, amigos?
Valerosos españoles,
Pues ya es vuestra la victoria
Nada mi falta os importe.»

Desplómase el tordo en tierra;
Dos capitanes recogen
Al General en los brazos,
Y Vega, su gentil-hombre,

Del sangriento coselete
Le desencaja los broches,
Y ve... ¡oh placer! que la bala
Causa de tantos temores,

Aplastada contra el pecho,
Leve contusion esconde:
Del coselete, sin duda,
En los adornos de bronce

Perdió su temible fuerza;
O por dicha disparóse
Desde tan léjos, que trajo
Escasa violencia el golpe.

Reanímase los soldados,
Por milagro reconocen
Dicha tan grande, y en *vivas*
Prorumpen y alegres voces.

Y repuesto el mismo herido,
Que traspasado juzgóse,
De la contusion del pecho
Por los agudos dolores;

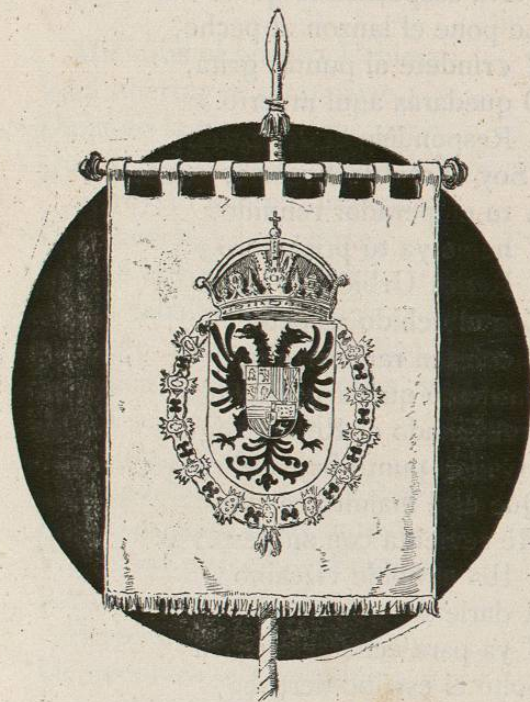
«Bendito sea Dios,» exclama,
Ármase de nuevo, y sobre
Otro corcel restablece
En las escuadras el órden.

Y en las márgenes floridas,
Del manso Tesin, por donde
Se retiran derrotados
De Francia los escuadrones,

Sembrando exterminio y muerte,
Aparecieron veloces
El gran marqués de Pescara
Y los tercios españoles.

ROMANCE SEGUNDO

EL ESTANDARTE ANTE TODO



Del Tesin en las orillas
Quiere hacer su último esfuerzo,
Vencido y avergonzado
El rey Francisco primero.

Sus numerosas escuadras
Dispersas ve y sin aliento,
Y fuerzas aún poderosas
En confuso desconcierto.

Con el estoque en la mano
De cálida sangre lleno,
Pues soldado fué valiente
Si no fué caudillo experto;

Deslucidas ya sus galas,
Deslustrados sus arreos,
Y abollados de los golpes
El capacete y el péto;

En su corcel, que de espuma,
De sangre y sudor cubierto,
Cruza fatigado el campo
Obediente á espuela y freno;

Solo y sin séquito corre
Llamando á sus caballeros,
Denosta sus fugitivos,
Recoge algunos dispersos,

Y revuelve valeroso
A escaramuzar ligero,
Pensando que aún algo puede
Con su valor y su ejemplo.

Todo en vano; la fortuna
La espalda y rostro le ha vuelto,
Y hasta las heces el cáliz
Beberá del vencimiento.

De Alarcon los hombres de armas
Vestidos de tosco hierro,
Los del Virey denodados
Y los de Borbon soberbio,

Y entre el tropel de jinetes
Mezclados arcabuceros
Españoles, cuyas balas
Tienen prodigioso acierto,

Del rey de Francia infelice
Invalidan los esfuerzos,
Y hacen sordos á sus voces
A los franceses guerreros.

El despechado Monarca
Del desapiadado cielo
Tenaz resistencia opone
Al inmutable decreto.

Y retirarse ordenados
A sus Esguizaros viendo,
Del Tesin á un ancho vado,
Donde su fin va á ser cierto;

Vuela á ponerse á su frente
Para advertirles el riesgo
Que van á hallar en las aguas,
Por no arrostrar el del fuego,

Y los conjura y exhorta
A que con él revolviendo,
Noble resistencia opongan
Al vencedor altanero;

Y que cual valientes busquen
Con él de salud un puerto,
No del Tesin en las ondas,
Mas de la lid en el hierro;

Que allí segura es la muerte,
Y aquí bien puede no serlo,
Que aquí aún les espera gloria,
Y allí sólo vilipendio.

Mucho alcanza, pues consigue
Formarlos y contenerlos,
Y ya de esperanza nueva
Ve casi el rostro risueño;

Cuando aterrador fantasma
Se ve venir á lo léjos:
Los pendones invencibles
De los españoles tercios.

Y olvidando que á su frente
Tienen hombre tan excelso,
Y del engañoso rio
Olvidando el grave riesgo,
Los Esguizaros soldados,
De pánico asombro llenos,
Huyen, al Rey abandonan,
Y al vado parten derechos.
El francés Monarca entonces
Las lágrimas del despecho
Quemando su rostro augusto,
Quiere morir como bueno,
Y vuela hácia el puente, donde
Aún resisten con empeño
Algunos fieles magnates,
Algunos nobles guerreros.

Mas ¡ay! la suerte tremenda
Llegar le impide á aquel puesto,
Donde libertad y gloria
Iba á conseguir al ménos;
Pues que silbadora bala
De ignoto arcabuz partiendo,
De su corcel fatigado
Rompe y atraviesa el pecho.
Vacila el bruto, retiembla,
De sangre espumosa el suelo
En rauda torrente inunda,
Quédase clavado y yerto.
De nieve son sus orejas,
De sus ojos muere el fuego,
Y en grave, estruendoso golpe,
Desplómase con su dueño.
¡Oh dolor, yace en el fango
El trono de Francia excelso,
El poderoso monarca
Que juzgaba el orbe estrecho!
De inconstancias de fortuna,
Grande y doloroso ejemplo,
Y de la humana soberbia
Aterrador escarmiento.
Nada hay firme en este mundo:
Valor, gloria, nombre, imperio,
Cuando una espada se empuña,
Todo queda en duda puesto.

El hidalgo vizcaino
Juan de Urbieta, que cubierto

De tosco arnés, en un potro
Escaramuzaba suelto,
Pasa y ve bajo el caballo
Tan lucido caballero,
Que por levantarse pugna
Con inútiles esfuerzos.
No sospechando quién era
Le pone el lanzon al pecho,
Y «ríndete al punto, grita,
O quedarás aquí muerto.»
Respóndele el derribado:
«Soy el rey de Francia, quedo
A tu emperador rendido,
Y heme ya tu prisionero.»
Retira Urbieta la lanza
Con el debido respeto,
Y con tan rara fortuna
Pasmado queda y suspenso.
Animado el Rey prosigue:
«Que al punto bajas te ruego,
Que este maldito caballo
Me revienta con su peso.»
Iba el noble vizcaino
A darle socorro presto,
Y ya para echarse á tierra
Soltó el estribo derecho,
Cuando del puente á la boca
Ve de franceses en medio
Su estandarte, y que el alférez
Solo lo está defendiendo.
Y el honor de su estandarte,
Y la fe del juramento,
Más que ansia de vanagloria
En su alma ilustre pudieron;
«Ya, señor (al Rey le dice),
Socorro daros no puedo,
Que es mi estandarte ante todo,
Y está mi estandarte en riesgo.
» Confesad que os he rendido,
Y pues que prenda no llevo,
Porque podais conocerme,
Si á vuestra presencia vuelvo,
» Miradme, que soy mellado;»
Y alzando del tosco yelmo
La visera, en un instante
Le mostró dos dientes ménos.
Y revolviendo el caballo
Al puente voló ligero,
Con el lanzon en el ristre
De honra y de lealtad modelo.

ROMANCE TERCERO

UN REY PRISIONERO

Mientras el bizarro Urbieta
Va á libertar su estandarte,
Dejando la alta fortuna
Que le plugo al cielo darle;
Al rey Francisco, impedido
De moverse y levantarse,
Porque le sujeta en tierra
De su caballo el cadáver,
Diego Avila, el granadino,
Tambien hombre de armas, vase,
Y que se rinda le grita
Decidido y arrogante.
Respóndele el Rey: «Rendido
A otro español estoy ántes,
Y que soy el Rey de Francia
Para tu gobierno sabe.»
Sorprendido el granadino
De aventura tan notable,
«¿A ese español (le pregunta)
Habeis dado prenda ó gaje?»
«Le dí sólo mi palabra,
Que mi palabra es bastante
(Contesta el Rey), mas si quieres
Toma mi espada y mi guante;
» Y sácame del caballo
Y ayúdame á levantarme,
Que la visera me ahoga
Y esta pierna se me parte.»
Avila toma las prendas
Destilando fresca sangre,
Echa pié á tierra, y ayuda
Al Rey con trabajo grande,
Y levántalo, y el yelmo
Le desencaja al instante,
Para que le dé en el rostro,
Que lo ha menester, el aire.

Hita, soldado gallego,
Tosco, y de toscos modales,
Con su sangrienta alabarda
Y desarrapado traje,
Llega, y con poco respeto,
Ya resuelto á despojarle,
De la insignia se apodera
Del más elevado Arcángel.
De San Miguel el collar
Echase al cuello el salvaje,

Con su tosquedad y harapos
Haciendo extraño contraste.
El Rey le dijo: «Valiente,
Por él te doy de rescate
Seis mil ducados de oro,
Y más, si en más lo estimares.»
Y contestóle el gallego:
«Guardaréle, que colgarle
De mi Emperador al cuello
Podré yo temprano ó tarde.»

En esto llegaban otros
Soldados sin capitanes,
Con la victoria embriagados,
Cebados con el pillaje,
Y en su sagrada persona
Ponen sus manos rapaces;
La veste del Rey desgarran,
Sus preseas se reparten,
Y le arrebatan del yelmo
La bandereta y plumajes,
Que la codicia villana
No guarda respeto á nadie.
Avila, Hita y Urbieta
(Que ya en salvo su estandarte
Dejó), con vanos esfuerzos
Por defenderle combaten.
Cuando llegaron á punto
Varios nobles personajes,
Que á tan feroz soldadesca
Obligan á reportarse,
Enseñándoles valientes
A que respeten y acaten
A la majestad augusta,
Que aunque vencida es muy grande.

De estar el Rey prisionero
Cunde la nueva al instante
Por el uno y otro campo
Con efectos desiguales.
Los franceses caballeros
De más valor y linaje,
Tornan á correr la suerte
Que á su Rey Dios quiso darle.